

á quien yo habia ido siguiendo, se despidió de cinco hombres y una mujer, que iban custodiando al de la litera, y se encaminó solo, hácia el pueblo. Yo, al verme sin quien me observara, hice esfuerzos poderosos para llegar, arrastrándome, hasta donde estaba el cuaderno: apoderado de él, despues de mil ansias y mortíferas fatigas, y sintiendo que me abandonaban las fuerzas, lo guardé en el bolsillo, y poco despues quedé sin sentido. Al volver en mí, me encontré en el hospital, donde he permanecido hasta hace dos dias.

—¿Y el cuaderno?

—Lo traigo siempre conmigo, por ser un documento irrecusable de la criminalidad del hombre que se valió del nombre de su padre de vd. y de la inocencia de éste.

La inquietud, el espanto y el terror se pintaron en el semblante del que permanecía detras de la puerta.

—¿Es posible?

—Nada hay mas cierto. Yo tenia antes de eso otra prueba; pero veo que la mas

eficaz es la que se desprende de lo escrito en ese cuaderno.

—¡Ah!.... ¿no tiene vd. la bondad de enseñármelo?

—Con mucho gusto: aquí está.

Dijo el mendigo, sacando del mugriento bolsillo un cuaderno manuscrito, salpicado con algunas manchas de sangre.

Leopoldo leyó con avidez algunas hojas, dejando ver en su fisonomía retratados la sorpresa y el placer.

—¡Oh!.... sí, aquí está todo.—Exclamó luego con acento conmovido.—Aquí se ve patentemente la inocencia de mi padre y la crueldad de ese infame.

—¿Y vd. conoce—preguntó el mendigo con curiosidad—á esa señora Doña Inés de que se habla ahí?

—Sí.

—¿Quién es?

—La protectora de Clotilde.

—¿La hermana del Sr. Landeta?

—La misma.

—¿Cómo lo sabe vd?

—Por que conozco parte de su historia.

—¡Oh!.... ahora doy gracias á la Providencia de haber recibido este balazo que fué causa de que cayera en mis manos tan precioso documento.

—Documento que suplico á vd. se digne entregar lo mas pronto posible á esa excelente señora, á quien llenará de júbilo su lectura, contándole, al mismo tiempo, la manera providencial con que ha llegado á poder de vd.

—Lo haré hoy mismo. Pero ¿con qué ropa me presento? Los criados no me permitirán pasar en este traje.

—¿No ha cumplido vd. religiosamente la promesa que me hizo de descubrirme el misterio que encubria la verdad con respecto á la honra de mi padre?

—Estoy en esa creencia.

—Pues ahora me falta á mí cumplir con la mia.

—¿Qué quiere vd. decir?

—¿Se acuerda vd. que le prometí en San Angel un vestido?

—Lo recuerdo bien.

—Pues hace algunos días que lo mandé

hacer expresamente para vd., y que le espera ahí dentro. Voy por él: tenga vd. la bondad de esperarme un instante, y de dispensarme el que le deje solo.

Leopoldo entró en el cuarto contiguo, lleno de contento; animado con la esperanza de hacer brillar la inocencia de su padre.

El hombre que escuchaba pareció inspirado por una idea satánica, y dijo interiormente.

—Es preciso que ese cuaderno no llegue á manos de Landeta.—Y desapareció.

El mendigo, entretanto, se puso á mirar los cuadros: despues empezó á examinar los objetos que estaban en desordenada confusion sobre la mesa, y ya se disponia á dirijir la vista el caballete, cuando se fijaron por casualidad sus ojos en la tarjeta que estaba al lado de la caja de pinturas.

—¡Qué ve!....—exclamó asombrado:—  
¡Una tarjeta doblada por las tres puntas y con el nombre de Duval!.... ¡Un desafío!....  
¡Ah!.... ¡véamos en qué punto y á qué hora!....

Dió vuelta á la tarjeta al decir esto, y vió

escrito por detras, con lápiz, y con fecha del día anterior, las siguientes palabras: *mañana, á la oracion, en la calzada de la Piedad.*

En aquel momento oyó ruido: volvió á dejar la tarjeta en el mismo sitio, y se puso á mirar los cuadros para no dar á entender que sabia lo que pasaba.

—Aquí está el traje:—dijo Leopoldo presentándole una excelente levita, ricos pantalones de casimir, finas botas de charol, sombrero flamante negro, finísima camisa, medias, calzoncillos, y pañuelo para el bolsillo, todo enteramente nuevo:—lo mandé hacer teniendo presente su estatura: tenga vd. la bondad de entrar en este gabinetito, que es mi sala de armas, y de ponérselo para ver si ha quedado bien. Se me olvidaba decirle á vd. que en los bolsillos del chaleco he puesto el dinero que es indispensable lleve una persona bien presentada,

—Pero este es un obsequio demasiado costoso para vd., que yo no me atrevo á admitir.

—Entonces me obligará vd. á que renuncie á la dicha de hacer patente la inocen-

cia de mi padre: á que no admita yo el beneficio conqué vd. me brinda.

—¡Cómo!

—A no dudar. Si vd. se niega á recibir el corto obsequio que le ofrece un verdadero amigo, me condenará vd. al tormento de continuar viviendo con un apellido difamado.

—Siendo así, no titubeo en aceptar.

—Muy bien: entre vd. en esta piececita, que, como le he dicho á vd. antes, es mi sala de armas.

Y Leopoldo abrió una puerta que estaba como embutida en la pared, tapada con un gran cuadro.

—Ahí encontrará vd. —añadió—peines, agua, pomada, y todo lo necesario para acicalarse.

Y mientras el mendigo se vestia y componia, el jóven pintor devoraba el cuaderno que aun tenia en su poder.

No pasaron muchos minutos sin que el primero saliera completamente trasformado.

Leopoldo mismo le miró con sorpresa.

Se habia vestido con tanta gracia, llevaba con tal soltura la ropa, que sintió hácia él cierto respeto, que coartó en algo la franqueza con que le trató cuando vestia el traje de mendigo.

Y lo que le sucedia á Leopoldo les sucede á todos los hombres del mundo.

El vestido imprime carácter, por decirlo así; rodea á la persona de cierta dignidad, le comunica no sé qué de nobleza y dignidad, que nos obliga á guardarle consideraciones, que en vano trataria de alcanzar envuelto en miserables andrajos.

El vestido es la carta de recomendacion que predispone en favor del que algo solicita.

Y lo que nos sucede á nosotros con respecto al cambio de opinion que formamos del individuo al verle presentarse bien, le acontece al individuo para con nosotros al mudar de traje.

Parece que al despojarse de su mal ropaje, y envolverse en otro nuevo, bien cortado y elegante, desaparece el motivo de vergüenza y cortedad que le alejaba de la

sociedad, y que de tímido y retraido, le convierte en comunicativo, afable y atento.

Esto les sucedia á nuestros dos personajes. El mendigo, al mirarse al espejo y verse con aquel elegante traje, se creyó transportado á otros tiempos; sintió despertar en su alma los sentimientos de honor y dignidad que habian estado adormecidos por el vicio; se sintió rehabilitado de los nobles afectos que le habian inculcado en la niñez, y en que se habia educado; pensó que su amorosa madre le contemplaba desde el cielo henchida de placer al verle volver al sendero de la virtud, y reanimado con esta grata y dulce memoria, se presentó, satisfecho de sí mismo al jóven artista que, como he dicho, le miró con respeto y admiracion.

Entonces pudo Leopoldo contemplar detenidamente la gracia de su simpática fisonomía, pálida por los padecimientos y la miseria, pero llena de expresion y de dulzura; observar la angélica mirada de sus bellos ojos azules y tranquilos; la brillantez de su blondo y largo cabello, peinado con

un gusto exquisito, y los movimientos finos y naturales de su cuerpo suelto y bien formado.

—Aquí me tiene vd., gracias á su generosidad, trasformado en otro hombre.

Dijo el mendigo con una naturalidad y franqueza encantadoras, al salir del gabinete.

—El brillante de alto precio es el mismo—contestó el pintor—solo que ahora lleva un adorno mas digno de su mérito.

El favorecido iba á contestar á aquella galantería; pero la vista de la tarjeta con que volvieron á encontrarse sus ojos, le obligó á dar nuevo giro á la conversacion.

Amaba á Leopoldo como á un amigo: veia en él la víctima de una calumnia contra su padre; un jóven de cualidades recomendables, que se habia portado noble y generosamente con él, y tembló por su vida.

Quiso persuadirse del peligro mas ó menos evidente que corria en aquel desafio á que le habia provocado Duval, y al que sin duda acudiria, y le preguntó manifestando una simple curiosidad.

—Veo que tiene vd. todos los aperos necesarios para la esgrima. ¿Es vd. buen tirador?

—No me considero de los de primera fuerza, pero tampoco me creo de los últimos.

—Eso me hace creer que tira vd. muy bien.

—¿En qué se funda vd. para creerlo?

—En la modestia peculiar en los artistas.

—Pues ahora me parece no haber pecado de modesto.

—Fácil me seria probarle á vd. lo contrario.

—¿Cómo!

—Ya dije á vd. antes que aprendí á tirar la espada.

—Sí, es verdad.

—Pues bien: yo, menos modesto que vd., me he tenido siempre por los mas diestros, y quisiera tener el placer de probar si es vd. mas fuerte que yo.

Leopoldo vió, en aquella invitacion, que creyó casual, una oportunidad favorable para ejercitarse un momento y estar mas dis-

puesto para el duelo á que estaba provocado, y contestó:

—No tengo inconveniente en complacer á vd.

—En ese caso, entremos, si le parece á vd., á la sala de armas.

—Corriente.

Leopoldo dió un florete á su amigo, y él tomó otro; cubriéronse los rostros con las caretas de alambre; se pusieron en guardia el uno enfrente del otro, y á poco empezaron á dirigirse diferentes estocadas.

El jóven artista tiraba bastante bien, y acometía y paraba los golpes con acierto y maestría; pero desde los primeros golpes conoció que su contrario le llevaba una ventaja inmensa.

—Una.

Dijo el mendigo dándole en el pecho una estocada á su competidor.

—¿Ve vd.—le contestó éste siguiendo combatiendo—cómo no le engañé á vd?

—No; vd. tira bien, pero ya le dije á vd. que me precio de figurar en primera línea.

—Y con justicia.

Exclamó Leopoldo, parando con mil trabajos los continuados golpes de su contrario, cuyo florete era un molinete que amenazaba á un tiempo á todas partes.

—Dos.—volvió á decir el mendigo, acertándole otra:—Ahora cuídese vd. porque le voy á desarmar.

El artista se previno; pero cuando mas seguro se creia, vió escapársele el florete de la mano y volar á gran distancia.

—Es preciso evitar que se bata—dijo el mendigo interiormente.—Si le hubiese visto mas fuerte que yo, le hubiera dejado ir, pero ahora....

La presencia de la madre del artista que se presentó diciendo que ya estaba el almuerzo, interrumpió al mendigo en sus reflexiones.

Leopoldo obligó á su nuevo amigo á que almorzase con él, y despues de haber concluido, le dijo, viendo que se preparaba á marchar:

—No se olvide vd. de poner en manos de Inés el precioso manuscrito.

El mendigo se fué prometiéndose satisfa-

cer su deseo, y repitió, para sí, al verse en la calle:

—Es preciso evitar que se bata.

A los pocos instantes salió el artista y se dirigió á la casa de Rafael para invitarle á que le sirviese de padrino. No le encontró, y le dejó una tarjeta con las puntas dobladas en los dos lados opuestos que, equivalía á decirle: "necesito veros pronto: buscadme en mi casa."

Hecho esto, volvió á su habitacion, entró á su estudio, y se puso á contemplar tristemente el retrato de su adorada Clotilde.

—¡Tal vez lo veo por la última vez!—exclamó conmovido.—¡Oh! el aspecto de la muerte no me intimida: mi corazón está sereno y mi mano no tiembla; pero mi alma está triste con el recuerdo de la mujer que amo, y á quien no puedo decirle ni siquiera adios!....

Y quedó abatido con este pensamiento.

Amar, ir á perder la vida por el objeto amado y no poder antes estrecharle contra su pecho, ni escuchar su dulcísima voz, es la mayor de las penas que pueden oprimir

el corazón del hombre que ama con todas las veras de su alma.

Leopoldo amaba, y amaba de esta manera. Para él, Clotilde era la suprema dicha, la celestial mujer que el Eterno había formado para realizar el bello ideal que se había presentado á su imaginación en sus ensueños de amor y de ventura. Por una sonrisa, por una palabra de amor, por una sola mirada tierna y compasiva, enviada por ella en aquellos solemnes momentos en que temía no volverla á ver jamás, hubiera perdido con placer, no una, sino mil vidas.

Tenia, es verdad, allí, el excelente retrato del ángel que adoraba; pero aquella era una imagen fría, muda, insensible, que no comprendía su dolor; indiferente á sus lágrimas, cuyos labios permanecían cerrados á sus sentidas palabras; que escuchaba con desgarradora indiferencia los suspiros que exhalaba el corazón al reventar de pena; cuyos ojos permanecían quietos, tranquilos y serenos, cuando él exigía de ellos esa mirada intensa, de profunda pasión, en que esprime el alma la celestial ternura, los

afectos tiernos, el cariño inconmensurable en que bebe el amado las inefables delicias de la eterna gloria.

Querer hallar el consuelo á la afliccion, la dulce correspondencia á sus afectos, la compasion y la ternura en el callado retrato del sér que idolatramos, es buscar el viajero de los helados polos calor para sus ataridos miembros en los rayos del sol ejecutado sobre un lienzo.

Leopoldo conoció entonces la impotencia de los hombres que adquieren inmortal renombre en la tierra. Vió la infinita distancia que habia de la obra de la naturaleza á la suya, meditada y detenida, y se avergonzó de la vanidad y miseria de los mortales, de los aplausos que prodigan al hombre cuando miran con indiferencia las inimitables obras del Eterno.

Nunca se convenció mas de su pequeñez que en aquellos momentos en que no podia comunicar á su obra celebrada, á su obra maestra, á la obra concebida y ejecutada bajo la creadora influencia del amor, la vida, la voz, el sentimiento del alma.

Las horas, entretanto, habian pasado con indecible rapidez.

Leopoldo miró el reloj, y palideció.

—Falta media hora—dijo para sí—y Rafael no parece! Duval ya estará allí... ¡Ah...! no quiero que atribuya mi tardanza á cobardía; no, jamás: iré aunque sea sin padrino.

Y Leopoldo entró á su sala de armas: tomó dos espadas; se puso la capa; se embozó en ella para tapar las armas; besó con delirio el retrato de Clotilde; envió una tierna y melancólica mirada hácia el cuarto en que dejaba á su anciana madre y se disponia á salir, cuando ésta salió al estudio.

—¿Vas á salir, hijo mio?

—Sí, querida madre; tengo precision de despachar un asunto.

—Pero volverás pronto, ¿no es verdad?

—Sí.... lo mas pronto posible.

—Ya sabes que cuando sales de noche estoy inquieta, y no descanso hasta que no vuelves, pues no hay seguridad en tiempo de revueltas. ¡Temo tanto que te suceda



alguna desgracia! ¡Qué sería de mí si me privasen de tu apoyo!

—¡Madre mía! ¡madre mía!—exclamó Leopoldo enternecido, no pudiendo resistir á la emocion que causaron en él aquellas palabras:—¿por qué abriga vd. siempre esas tristes ideas?

—Porque te amo, Leopoldo, porque te amo. Pero tú eres un buen hijo que nunca te haces esperar. Vete, pues, y vuelve pronto para hacer compañía á tu inconsolable madre.

—¡Adios, madre mía!—dijo Leopoldo abrazando con profunda emocion á aquella amorosa anciana, que no tenia en el mundo mas apoyo que el suyo:—¡Adios!

—¿Qué tienes, Leopoldo?—exclamó la anciana, viendo en el rostro de su adorado hijo impreso el sentimiento del dolor:—¿Por qué me abrazas de esa manera, como si emprendieses un largo viaje?

—No lo sé, madre mía, no lo sé; pero ¡le amo á vd. tanto en este momento!....

Y á los ojos del jóven se agolparon las lágrimas.

La anciana le estrechó contra su pecho henchida de ternura.

Leopoldo conoció que le hacia mal el prolongar aquella escena, y se desprendió de los brazos de su bondadosa madre imprimiendo un beso en su frente.

—¡Adios, adios....!

Dijo con voz ahogada por los sollozos que se agolpaban á su garganta, y salió de la habitacion con el corazon desgarrado de dolor. Al bajar la escalera se encontró con Rafael, que acudia al llamamiento de la tarjeta.

—¿Para qué me has llamado?

Le preguntó el que llegaba.

—Te lo contaré en el camino.

Contestó Leopoldo apoyándose en su brazo y saliendo con él á la calle: en seguida se dirijieron al sitio en que están los coches de alquiler; subieron en uno, y se dirijieron hácia el lugar en que debía verificarse el desafío.